

ses de agradecimiento.

—¿Cómo puede usted guardarles rencor de estar celosas de la amistad que nos tiene á Mauricio y á mí? No puede haber nada más natural, amigo mío. Desde luego le advierto á usted que no iré al ensayo general. ¿Acaso puedo abandonar á mi enfermito? Por mucha confianza que tenga yo en Anita no puedo dejarlo á su cuidado tanto tiempo; y además, ¡tengo el corazón tan oprimido, tengo tantas penas en perspectiva! Reflexione usted que estoy casi á punto de desear que mi hijo se quede inútil... Es espantoso; pero si se cura su padre vendrá á buscarlo... ¿y quiere usted que en esta situación me vaya al teatro á distraerme? ¡Oh! no... lleve usted á sus hijas á su palco y cuando vuelva usted entre á decirme si está satisfecho, si su obra ha tenido éxito. Le prometo esperarle.

Y como todo lo que decía estaba lleno de sinceridad, como todo subía de lo más íntimo de su pensamiento, con la misma tranquila impetuosidad irresistible de una ola profunda, Régis tuvo fe en ella y obedeció puntualmente sus consejos.



La noche del ensayo general, mientras Mme. Ravaut, acompañada por su futuro La Posterolle y por un amigo suyo, hacía, como persona acostumbrada á esta clase de solemnidades, que le abrieran un proscenio, el autor de la obra instalaba en un palco bajo á sus dos hijas, custodiadas por el aya inglesa, que parecía un muñeco de palo. La semi-obscuridad de la sala le prestaba un aspecto fantástico y permitía entrever, aquí y allá, en los distintos pisos, grupos de sombras murmuradoras, críticos, amigos del autor y del empresario, modistas, costureras, doncellas de las



actrices, y de vez en cuando por una puerta que se entreabría se veían flotar en los pasillos muy iluminados las cintas rosa de las gorras blancas de las acomodadoras.

—Me parece que todo va bien—murmuraba Fagan asomando por entre sus hijas una cara que parecía la de un condenado á muerte, sin brillo en los ojos, pálidos los labios y tan emocionado como si aquel hubiera sido su primer estreno.

—¡Que si va bien!... Ya lo creo; no tienes que hacer más que escuchar...—contestaba Ninita, sin cesar de aplaudir aquel acto segundo, al final del que todos los grupos, repartidos por la sala, se unían para hacer una verdadera ovación.

Rosa tenía sus ojos purísimos llenos de lágrimas, y allá adelante, Mme. Ravaut, iluminada por la batería, se echaba fuera del palco, sin que la cortase la

falsedad de su situación, se entusiasmaba lanzando exclamaciones inteligentes, aplaudía con su abanico y decía: ¡Ah, muy bien!... ¡Muy bonito!... ¡Precioso!... mientras dirigía á los actores que estaban en escena, sonrisas de aprobación que hubieran hecho creer á cualquiera que todavía era la mujer del autor.

¡Mujer del autor una noche de éxito! ¡Eso sí que es una cosa que excita la vanidad femenina! De seguro el La Posteroille no le proporcionaría jamás esa satisfacción ni á ella ni á sus hijas... Así pensaba Régis de Fagan, y nada hubiera faltado á su triunfo, si en la obscuridad de su palco hubiera podido entrever la sonrisa tranquilizadora, la gracia suave de Paulina Hulín.

Desde el acto tercero, la obra, que tenía cuatro en total, no decayó ni un momento. Fagan, lleno de esa alegría de que



nunca se habían los hombres, quiso dar parte en ella á sus hijas para proporcionar á su vanidad un goce que no olvidarían nunca, y abriendo la puerta del palco recibió delante de ellas á los amigos, á los pretendientes, directores de teatros de provincias y corresponsales extranjeros que se apresuraban para traducir y llevar á lejanos escenarios la nueva producción de autor tan afamado.

Mientras tanto, no cesaban de llegar cajas de bombones, ramos de flores para aquellas señoritas, se estrechaban las manos, se oían en el pasillo entusiastas felicitaciones y Rosa y Ninita, aturdidas por el éxito de su padre, recibían parte de estos homenajes, encantadoras las dos, pero por distintas causas: la menor por sus ojos risueños y taimados y su color de rosa silvestre, y la mayor por su aire indolente y su tinte mate como el de una criolla.

—¡Mis hijas!— decía orgullosamente Régis.

Y ante aquellas dos pequeñas parisienses, vestidas admirablemente, no podían menos de exclamar con envidia todos aquellos periodistas y gentes de negocios, jugadores por temperamento: «Con semejantes amuletos no tiene nada de chocante que tengà tanta suerte.»

De pronto, el grupo entusiasta que se había formado alrededor del autor triunfante se abrió para dejar paso á una mujer vestida elegantemente, de un modo llamativo; era Mme Ravaut, que se lanzó hacia adelante con la mano tendida y sacudiendo la de Régis virilmente, como si fuera un camarada le dijo: «¡Bien, muy bien, Fagancito!» Y dirigiendo una sonrisa á sus hijas siguió andando, dejando á todos estupefactos con un acto tan direc-



to, tan imprevisto y tan diferentemente juzgado por unos y otros.

Algunos veían en él una genialidad, la manifestación de un entusiasmo irreflexivo, el amor al arte sobreponiéndose al molesto convencionalismo social; otros, entre los que figuraba Fagan, reconocían en su autora la raza de mujeres de mundo que necesitan exhibirse, que quieren «figurar», á cualquier precio, y que se hacen un papel en cualquier pieza en que no se lo han dado.

—¡Muy bien, Fagancito, muy bien! Régis no podía menos de reirse al acordarse de esta frase cuando, después de haber dejado en un coche á sus hijas, acompañadas de la institutriz, volvía á su casa, solo, á pie para calmar la excitación de sus nervios con el fresco ambiente de una espléndida noche.

La ley de los contrastes le traía á la

memoria el recuerdo de la vuelta á casa con su mujer alguna noche en que una obra suya no había tenido buen éxito. ¡Qué ira demostraba! ¡con qué mala intención escarnecía la obra y al autor! ¡Pues, y el desprecio con que se encogía de hombros cuando él le decía que aún tenía alguna esperanza? Y luego, á la mañana siguiente cuando ya habían llegado los periódicos envidiosos y pérfidos, ¡con qué placer señalaba en el peor la frase que más había de herirle! ¡Qué detestable compañera! ¡Ya podía entusiasmarse ahora, aplaudir á su Fagancito! El Fagancito, en cambio, no cabía en sí de gozo al verse libre, volver solo á su casa, pensando lo que á ella le haría rabiarse, de seguro, el éxito que se preparaba, incontestable y lucrativo, como no lo había tenido nunca durante su matrimonio.



Unas semanas después de la representación en el Vaudeville, cuando todavía ostentaban su nombre los carteles de teatro y su retrato los escaparates de las tiendas, los periódicos anunciaron la celebración con gran pompa en la alcaldía de la calle Drouot del Sr. La Posterolle, abogado fiscal del Consejo de Estado, con Mme. Ravaut. Eran testigos del marido dos ministros, y de la mujer dos académicos, uno de los cuales había ya desempeñado este cargo en su primer matrimonio, hacía unos dieciocho años. Grandes toilettes y hermosas mujeres. Después de la ceremonia, los recién casados recibían en su habitación, en la calle de Laffite.

—La verdad; ¿lo que ha pasado hoy no le ha oprimido á usted algo el corazón?— preguntaba Mme. Hulín á su inquilino, que había ido á visitarla aquella noche.

Fagan le juró que no, y luego con una tierna mirada, le dijo:

—Cuánto daría por verla á usted libre también... Ya sé que sigo privado de mis hijas; pero verá usted cómo Mme. La Posterolle será cumplidora menos exacta de la sentencia del Tribunal que madame Ravaut, y cómo vendrán á verme más á menudo mis hijas... El divorcio, créalo usted; no hay más solución que el divorcio.

Paulina movía la cabeza sonriendo con la triste sonrisa del que no puede vencerse.

Sin embargo, los hechos parecía que querían dar la razón á Régis. Rosa y Ninita iban con más frecuencia al boulevard Beausejour y no se limitaban á ir sólo los domingos que les correspondía. Unas veces la hermana mayor, otras veces la pequeña acompañadas de Mademoiselle, llegaban de improviso y estaban con él



una ó dos horas; y si bien era cierto que Rosa seguía sin querer hablar de los vecinos, en cambio Ninita era la primera en bajar al jardín para correr con el pequeño Mauricio, que empezaba á no necesitar ya las muletas.

—Que cosa más rara—decía Antero á la vieja criada del piso bajo,—nadie me quitará de la cabeza pensar que la antigua señora del señor hace que le espíen sus hijas, al respecto de su ama de usted.

Para notarlo no se necesitaba una gran perspicacia, pero Régis de Fagan, sutil observador y pintor de la humanidad, ponía al servicio de sus obras todas sus cualidades y no guardaba para sí más que las estrictamente necesarias para guiar su existencia. Así pues, no notaba la vigilancia de que, con un fin que pronto le había de ser revelado, eran objeto el gé-

nero y los progresos de sus relaciones con Paulina.

Una mañana que se puso á trabajar temprano vió entrar á Ninita con el velo muy apretado sobre los taimados ojos, las narices coloradas por el aire fresco, una mano metida en el bolsillo de su chaqueta y blandiendo con la otra su *en-tout-cas*, y notándose en toda ella un airecillo decidido y diplomático que la hacía parecer más vieja y que aumentaba su parecido con su madre. Paseó una mirada por el gabinete y segura de que estaban solos empezó á decir:

—Querido papá, nos sucede una cosa muy fastidiosa. Figúrate que al primo—habían continuado llamando así á La Posterolle—lo nombran gobernador de Córcega.

—¿Y acepta?—gritó Fagan, que al ponerse de pie dió tal empuje á su sillón con



las piernas que lo echó á rodar á dos metros de la mesa.

La toca de plumas de lophophoro se inclinó diciendo que «sí» que el primo aceptaba.

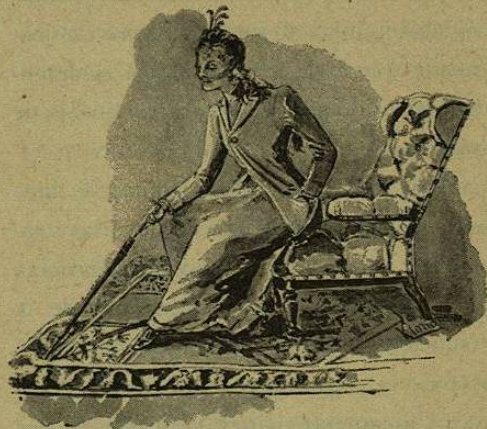
—¿Y vuestra madre consiente? ¿Ha olvidado ya las condiciones establecidas?

Con qué dignidad, con qué seriedad contestó Ninita:

—Nuestra madre ha tenido que sacrificarse al porvenir de su marido... El gobierno de Ajaccio no es más que de segunda clase, pero lo han hecho de primera para que vaya el primo. A su edad es una posición soberbia.

Estaba para pintada, sentada en la orilla de una butaca baja y siguiendo con la punta de su sombrilla los dibujos de la alfombra; bajos los párpados y levantándolos de vez en cuando para juzgar mejor del efecto que producían sus palabras.

Fagan comprendió que se la enviaban en vez de su hermana mayor, demasiado sencilla, demasiado natural, porque se quería obtener de él alguna cosa muy importante; y de pronto, á la vista de aquella as-



tuta comadre, sintiendo que la sangre se le subía á la cabeza como si hubiera estado ante su antigua mujer, dijo:

—Que Mme. La Posterolle siga á su



marido hasta el fin del mundo ¡nada me importa!... Pero se me ha jurado, se me ha ofrecido que mis hijas no saldrán nunca de París, y eso no lo obtendrá jamás de mí nadie!...

Y para afirmar su voluntad dió un formidable puñetazo sobre la mesa, demostración que casi siempre indica la debilidad de un hombre y lo incapaz que es de resistir.

Muy tranquila, Mlle. Ninita, le hizo notar que su madre lejos de llevarlas consigo les había dicho á ella y á su hermana que se quedarían en el convento de la Asunción con dos domingos de salida al mes.

—Únicamente, papaito querido, ya ves tú—al decir esto, estremecimiento de párpados y mirada de soslayo—la idea de separarnos las dos de mamá nos causa mucha pena, y venimos á pedirte que nos

dejes ir á una de las dos, á Rosa ó á mí, la que tú quieras; tanto más, cuanto que la permanencia del primo en Ajaccio ha de ser corta, porque el ministro le ha prometido...

La vocecita hablaba, hablaba, subía, subía como el canto de la alondra, cada vez más alta y más aprisa; y Régis cerrando los ojos, se hubiera podido creer trasportado á diez años atrás, discutiendo con Mme. Fagan, vencido de antemano por la volubilidad y la incansable insistencia de su mujer.

—Reflexionaré; ya veremos...—dijo levantándose.

—Sí; pero el tiempo urgía, el nombramiento del primo aparecería en el *Diario Oficial* antes de tres días.

—Pues bien, hija mía, mañana por la mañana tu hermana y tú recibiréis mi contestación.